

Y marchóse de súbito, cortés y sonriente,
comentando mi pena con silbos de serpiente...
Y yo quedé en las sombras, mesándome el cabello...

Me vi trágico y pálido... Y sentí la alegría
de ir lento entre mis manos estrangulando un cuello,
para vengar la muerte de la esperanza mía!

DE LAS VIEJAS VENDIMIAS

I

Hay en vuestras miradas tal consuelo
que nadie ha de extrañar, al contemplaros,
que aquel que pudo hacer ojos tan claros
fuera también capaz de hacer el cielo.

A cantar vuestro pelo me revelo,
pues hay en él tantos prodigios raros,
que dudan mis pupilas, al miraros,
si él es el sol ó el sol es vuestro pelo!

Y aquel que advierte vuestro talle, duda
 si sois flexible como la palmera
 ó ella es flexible como vos, señora.

Y nunca sabe quien os ve desnuda
 si la luz que en el cielo reverbera
 surge de vuestro cuerpo ó de la Aurora!

II

Esperanza falaz que á mi viniste
 y con vanas promesas me engañaste;
 mis más puros ensueños te llevaste
 en cambio de las penas que me diste!

Dame un consuelo, si consuelo existe
 para curar el mal que me causaste...
 ¿Pero puede existir algo que baste
 á consolar un corazón tan triste?...

Para siempre de mí, parte ligera!...
 Aunque tu compasión me devolviera
 todo cuanto la vida me ha robado,

no sé si agradeceréte podría,
 pues estoy de tal modo transformado
 que quizá me apenase la alegría!

II

Ni diligente, amigo, ni rehacio,
 nada rehuyo pero á nada acoso...
 Con un poco de amor y de reposo,
 me da igual una choza que un palacio!

Camino, ni de prisa ni despacio,
 buscando siempre un término armonioso,
 y vivo, ni envidiado ni envidioso,
 la áurea mediocridad que cantó Horacio!

El polvo de ambiciones lancé al viento!
 El alcázar más firme se derrumba...
 Y la gloria ¿qué es, sino unas manos

que arrojan, cual mendrugo á perro hambriento,
 un gajo de laurel sobre la tumba
 donde somos festín de los gusanos?

IV

Mientras paguéis mi afecto con enojos
 y con rudos desdenes mis amores,
 no esperéis que terminen mis dolores,
 ni ver libres de lágrimas mis ojos.

Siempre el desprecio en vuestros labios rojos,
 y el suspiro en mis labios tembladores...
 Lo que en mi, para vos, son siempre flores,
 en vos son, para mi, tan sólo abrojos!

Si al cabo fuérais lo que aparentáis
feliz muriendo con mi suerte fuera...

Pero temo, señora, que seais

igual que esas volcánicas montañas,
que muestran nieves y frialdad por fuera
y guardan fuego eterno en sus entrañas!

V

Dime que sufra más... Si tú lo ordenas,
todo castigo me parece justo,
que hasta á mis penas voy tomando gusto,
porque tú eres la causa de mis penas!

Di á qué nuevo suplicio me condenas,
y si con ello á tu piedad no asusto,
yo, con mis propias manos, sin disgusto,
agobiaré mi cuerpo de cadenas!

Dime que muera, y para complacerte,
yo mismo, ante tus pies, me daré muerte,
pues para mí son goces tus rigores...

Y si verme sufrir aún más ansias,
los más fieros y bárbaros dolores
serán, si tú los quieres, alegrías!

PENTISELEA

Como la reina de las Amazonas,
noble de gestos y actitudes, vienes
en fogoso corcel... Tus blancas sienes
con verdes ramas de laurel coronas...

Y haces que se detenga, dilatada
la nariz en un lúbrico olfateo,
el bárbaro corcel de mi deseo,
con la recta amenaza de tu espada!...

¡Siempre indomable, Amor, hasta que ciega
el alma, entre el clamor de la refriega,
te arranque del arzón, y sobre el mío

te retuerzas convulsa y agitada,
deshaciendo el helor de tu desvío
bajo el glorioso sol de mi mirada!...

CLAVELES ROJOS

A ANTONIO AREVALO

Tu canción, poeta, tiene el ritmo de esas
coplas que perfuman de melancolía
las maravillosas calles cordobesas,
en las claras noches de mi Andalucía.

Un llanto sincero su pena ennoblece,
y oyéndola, bajo la luz de la Luna,
la novia morena de amor palidece
en la florecida ventana moruna!

Todo cuanto sientes, tu guitarra expresa,
tus amargas cuitas transformando en mieles...

¡Para mantilla de esa cordobesa

que alegra y perfuma de amor tu camino,
te ofrezco este rojo ramo de claveles
que corté en un viejo carmen granadino!

I

¡Por esas sonrisas que son cual cuchillos
que su filo esconden entre los rosales
de tus labios rojos como los corales
en que se desangran tus áureos zarcillos;

por esas miradas que son cual puñales
que entre las tinieblas ocultan sus brillos,
me veré en la Audiencia, cargado de grillos,
sentado al banquillo de los criminales!

Si á prisión me mandan, pediré á mis jueces
que mi cuerpo encierren en las lobregueces
de tus grandes ojos, y si es ley que muera,

por morir esclavo de tu amante yugo,
—¡Ahórcame—en el palo, le diré al verdugo—
con los negros rizos de su cabellera!

II

Ante un crucifijo postrado de hinojos,
mientras las saetas aullaban su canto,
enlutada y pálida, te vieron mis ojos
rezar tus plegarias, en el Jueves Santo.

Sangraba la herida de tus labios rojos;
y sobre tu seno, cruzadas de espanto,
tus manos de nieve eran cual manojos
de místicos lirios bañados en llanto!

Abrazada al leño, triste y lacrimosa,
á Jesús besabas, allí donde abría
la llaga de un clavo su sangrienta rosa...

¡Porque tus piadosos labios me besaran
con la unción que á Cristo, no me importaría
que en su propio leño me crucificaran!

III

Quando entre tus labios su dolor destila
el escalofrío de una carcelera,
yo no sé qué pena baña tu pupila,
yo no sé qué angustia te estreméce fiera,

que todo tu cuerpo retiembla y vacila,
como si de pronto sucumbir quisiera
de dolor, envuelto en la Primavera
de tu luminoso mantón de Manila!

Yo, oyendo la copla y viendo tu cara,
oculto en las manos la cabeza para
ahogar en mis labios mi propio sollozo...

¡Ay, porque presienten mis negros desvelos
que en tu amor pensando, morderé de celos
las oscuras rejas de mi calabozo!

IV

Tiende el plenilunio sobre el jazminero
que en la clara alberca su blancor retrata,
como una lujosa capa de torero
de raso celeste bordada de plata.

Tu guitarra rasga el silencio... Un fiero
resplandor de odio tus ojos dilata,
y hay en tus sonrisas como un fino acero
que entre rosas brilla y entre rosas mata!

Igual que una esclava sumisa y sonora
que siempre realiza tus locos anhelos,
la guitarra ríe, canta, gime y llora;

y siguiendo el ritmo de tus sueños vanos
se rompe de angustias y estalla de celos...
¡Mi alma es como una guitarra en tus manos!

V

Cuando á los repiques de las castañuelas,
ingrívada y ágil á bailar te lanzas,
diríase que esculpes y en tu ser modelas
todos los lascivos giros de las danzas.

Ya entornas los ojos y te aterciopelas;
ya agitas las trenzas y pálida avanzas...
De tus castidades tiemblan las gacelas,
y rugen los tigres de mis esperanzas!

Aunque entre damascos tu cuerpo aprisiones
y aunque en su pureza tenga tus facciones
de una estatua antigua la celeste calma,

tan profundo y lúbrico furor te estremece,
tal ansia te encrespa, que al danzar, parece
que danzas desnuda de cuerpo y de alma!

VI

Entre las macetas de albahaca asomas
la viva y ardiente flor de tus sonrisas,
y como embriagadas por tantos aromas
temblando en tus labios se duermen las brisas.

Cantando entredientes el espejo tomas
y tu tenebrosa cabellera alisas,
mientras arrullándose, dos blancas palomas
arrastran sus alas sobre las cornisas.

Entre los encajes con que te recamas
se va deshojando una rosa roja,
poco á poco, en lentas lágrimas de llamas...

Y á mis ansias digo, de amargura lleno:
— ¡Oh, quién fuera esa flor que se deshoja,
para desangrarme de amor en su seno!

VII

Dí, ¿recuerdas cuando tan juntos vagamos
que de nuestros cuerpos uno solo hicimos,
y en el mismo lecho juntos nos dormimos
y en la misma copa nuestra sed saciamos?

Vivimos unidos como dos racimos
que enredados cuelgan de los mismos ramos...
A fuerza de besos juntos maduramos,
y en las mismas penas vendimiados fuimos!

Juntas se secaron tu ropa y la mía...
 Y hoy, si nos hallamos en la misma vía,
 sin que nuestras ropas siquiera se rocen,

pasamos de largo, sin decirnos nada,
 sin una sonrisa, sin una mirada,
 como dos extraños que no se conocen!

VIII

En el rojo fondo del mantón de seda
 que en sus llamaradas envuelve el tesoro
 de ese cuerpo donde mi ilusión se enreda
 y cuyas piedades sollozante imploro,

arde y se consume toda una arboleda
 de irisados pájaros y rosas de oro...
 Atada á sus flecos mi vida se queda,
 y en cada uno de ellos mis tristezas lloro!...

¡Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porque así á lo menos llevaré á la tumba,

para recordarte en mi eterna pena,
ese olor á albahaca, nardo y clavellina
que al danzar exhala tu carne morena!

EL POEMA DEL MAL AMOR